

Educación pública: de derecha y de izquierda

CATALINA URIBE



LAS PASADAS MARCHAS HAN SUSCITADO debates sobre el presente y el futuro de la educación pública. Pero, tristemente, la discusión se politizó vergonzosamente. Digo vergonzosamente porque, aunque es claro que la educación es política, es ridículo que se promueva un discurso que asocie a la izquierda con la educación y a la derecha con la antieducación. Es preocupante que se crea que un gobierno de derecha no debe intervenir en educación pública porque es supues-

tamente "un tema de la izquierda".

Pero aún más alarmantes fueron las reacciones a una propuesta de la senadora Palma Valencia que sugiere que todos los egresados de universidad pública, voluntariamente, donen un 20% de su salario a sus antiguas instituciones educativas. El debate ya no es solo entre izquierda y derecha, sino entre egresados de universidad pública y egresados de universidad privada. Entre quienes deberían pagar y quienes no. Entre los que tienen los recursos para hacerlo y son privilegiados, y quienes a duras penas pueden pagar sus préstamos educativos.

Este debate es triste. ¿Qué tipo de sociedad es aquella que cree que los asuntos sociales son únicamente el problema de los directamente afectados? ¿Sería justo, por ejemplo,

sugerir una tarifa adicional a las personas en situación de discapacidad por el mero hecho de destinar recursos públicos para darles una vida digna? ¿Queremos un país tan individualista en donde cada quien pague únicamente por lo que le beneficie o le importe?

Es hora de cambiar el discurso frente a la educación y volverla un asunto colectivo. Ni la educación pública es asunto de la izquierda ni hay que satanizar a la educación privada. Todos deberíamos reconocer nuestros privilegios y estar abogando por una educación pública de calidad. Pero hay que recordar que la educación no es únicamente título universitario con profesionales en áreas específicas. La buena educación brinda la posibilidad de tener una vida sensata, de ser mejor ciudadano y de desarrollar el criterio.

Descenso

JOSÉ FERNANDO ISAZA



EN SUS LARGOS DÍAS DE RECLUSIÓN, muchas ideas deben estar atormentando al expresidente Lula da Silva, de Brasil. Como mandatario logró mejorar la situación de los sectores más pobres y desprotegidos del Brasil. Sus políticas de ayuda directa del Estado a las familias vulnerables, a las que enviaran a sus hijos a la escuela, a los atrapados en la pobreza extrema, permitieron sacar al país del dudoso honor de ser el más desigual de América Latina. No destruyó la economía, como sí lo está haciendo Maduro; por el contrario, los indicadores de inversión y crecimiento muestran una adecuada mezcla entre un Estado social de derecho, algo de populismo y cierta dosis de neoliberalismo. Sin duda, si hubiera sido candidato, habría triunfado. Su lugar en la historia lo tenía asegurado.

Todo cambia por un imperdonable acto de corrupción, por el cual ha sido declarado culpable; recibir de un contratista un apartamento, grande o pequeño, lujoso o no, con vista o no al mar, escriturado a él o alguna organización vinculada.

Lula debe pensar que trocó su paso a la historia por una generosa dádiva; sin embargo, lo que más debe atormentarlo es que abrió el camino a la Presidencia de un peligroso candidato, Bolsonaro, quien sepultará los avances socioeconómicos, los derechos de las minorías y de los marginados.

Se compara a Bolsonaro con Trump, pero hay diferencias. Bolsonaro muestra un mayor desprecio verbal por los valores de la civilización y por el respeto a los derechos del ciudadano y de los países, pero al menos no dispone de un arsenal nuclear que pueda desencadenar un Armagedón. Podría compararse con el presidente filipino Duterte, quien en sus declaraciones se confiesa como un asesino directo y no solo un instigador de crímenes contra la humanidad.

La lucha de la sociedad contra la corrupción debe castigar a los culpables directos con cárcel y restitución de la riqueza obtenida fraudulentamente. Lo que está sucediendo en varias latitudes es que el hastío de los votantes por la clase política corrupta los lleva a elegir peligrosos populistas a los que no les tiembla la mano ni la voz para incitar a los peores crímenes. Con estas decisiones, la sociedad se da un tiro en el pie.

Deben buscarse sanciones efectivas contra las modalidades más sutiles de corrupción que escapan a los códigos penales. Algunos ejemplos aclaran lo anterior. Si un alcalde de alguna ciudad presiona la adjudicación de un megacontrato y la firma ganadora no le da una coima, pero luego lo invita a múltiples y bien pagadas conferencias internacionales, ¿no es esto un caso de corrupción? Con la ventaja de que no será sancionable. Lo sucedido con el apartamento de Lula no es un caso aislado en Latinoamérica, la dádiva no la reciben "gratuitamente" algunos políticos, sino mediante un precio muy por debajo del valor de mercado, o por medio de un arrendamiento con opción de compra, cuyo canon es una fracción del real. Las pensiones de jubilación exorbitantes por trabajar unos días en el Congreso o una corta estadía como magistrados no constituye un delito, pero son una apropiación indebida de recursos públicos.

En muchas ocasiones no hay siquiera sanción social. En el epílogo de la novela *El general en su laberinto*, García Márquez agradece a quien años atrás desfalcó la entonces Empresa de Energía de Bogotá, lucrándose con la corrupción del proyecto del Guavio.

Osuna



Vidas de santos

El dolor de escribir en pasado

JAVIER ORTIZ CASSIANI



LA MAYOR SATISFACCIÓN DE LA muerte es hacernos hablar y escribir en pasado de seres entrañables y valiosos. Hasta hace unos momentos el escritor Roberto Burgos Cantor era parte fundamental de mis conversaciones del presente y del futuro. El sábado anterior había hecho un comentario de mi último libro en su columna habitual del periódico *El Universal* de Cartagena, y en su bandeja de entrada reposa un pequeño correo de tres líneas en el que lo saludaba, le agradecía su generosa nota y prometía contarle en un encuentro futuro mis hallazgos sobre un personaje histórico al que persigo. Sólo la muerte evitó que respondiera.

Roberto, en ese mundo de escritores de egos consentidos y celos torrentosos, era dueño de una infinita generosidad que repartía con la paciencia de un monje bueno y sabio en pequeñas dosis de amorosa sinceridad. Siempre tenía un comentario desprendido y una valoración sin recelos del trabajo de los demás. Creo haberle he-

cho saber, en nuestros casuales encuentros, lo mucho que me había servido su novela *El patio de los vientos perdidos* en mi investigación del viejo ferrocarril que unió a Cartagena con el puerto de Calamar sobre el río Magdalena en la primera mitad del pasado siglo. Mientras miraba los documentos en los archivos o recorría aquellos pueblos polvorientos por donde alguna vez pasó aquella máquina asmática, buscaba el recuerdo de los maquinistas que aprovechaban el descanso para pasear a sus novias o la algarabía de los músicos y cantadores que regresaban de la parranda en los vagones de segunda clase. Todo eso está en su novela.

En realidad no sólo a mí me había servido la obra de Roberto Burgos Cantor. Roberto fue el último gran biógrafo literario de Cartagena de Indias y desde aquellos maravillosos cuentos compilados en el libro *Lo Amador* sugirió con gracia la Cartagena que ya era tiempo de historiar: la de la barriada recursiva en la miseria, con sus beisbolistas aguajeros, sus boxeadores que no tenían para las proteínas pero se alimentaban de esperanzas, sus modistas diligentes, sus músicos talentosos y sin ínfulas, sus burdeles familiares, el pregón ingenioso de los vendedores del mercado público y la elegancia popular

de los trabajadores del puerto. Roberto nos convidó a leer, otra vez, la poesía del *Tuerto López*, las crónicas de Daniel Lemaître y de Anibal Esquivia Vásquez, no para encontrar las curiosidades pintorescas del villorrio provinciano, sino para desentrañar con agudeza necesaria las claves para entender la complejidad de una ciudad que coqueteaba en plenos tiempos modernos con los vicios y las exclusiones centenarias.

Su obra es producto de una disciplina espartana para encontrar el lenguaje preciso con el que describir a este puerto en el Caribe con sus victorias y miserias; una cartografía sugerente para andar la memoria de la ciudad y del Caribe colombiano. "Gritar. Así protejo de la devastación los restos de esta memoria asediada que es la única señal para reconocer que yo soy yo", escribió en *La ceiba de la memoria*. Y en su última novela, *Ver lo que veo*, con la que acababa de ganar el Premio Nacional de Novela, siguió poniéndole palabras a la errancia de los que son obligados a contruir su memoria desde el destierro.

Me quedo con la rabia y la pena de tener que hablar en pasado de un excelente escritor y de un hombre infinitamente bueno y necesario. Roberto, tu muerte repentina me duele. Me duele bastante.